
¿Y si la sal se corrompe?

Con la generalización del uso de la energía eléctrica y con ella de la posibilidad de refrigerar los alimentos para conservarlos, ha caído en desuso la práctica de salar los alimentos con el propósito de preservarlos. La práctica de salar las carnes para poder consumirlas tiempo después, data entre otras culturas de Egipto y de los Celtas, estos últimos que al ceder a los avances del imperio romano, les traspasaron no solo esa técnica sino el gusto culinario por la sal, al punto que es bien conocido que los patricios insistían en el derecho de cada hombre a poseer una porción de "sal común".

El uso de la sal se ata entonces al concepto de remedio contra la corrupción de los alimentos y su importancia se traslada incluso al evangelio al expresar el redentor a sus discípulos: vos estis sal terrae: si sal evanuerit in quo salietur? Es decir: discípulos míos ustedes son la sal de tierra, y si ustedes se corrompen ¿Cómo evitar que se corrompa el pueblo cristiano?

La expresión que titula esta columna, se explica entonces en la situación en donde el último remedio para la destrucción, el último remedio contra la putrefacción esta ya putrefacto.

A propósito de sales y corrupciones, múltiples episodios acechan por estos días los cimientos mismos de la jurisdicción contencioso administrativa; en pocas semanas se conocen conversaciones de exmagistrados que urden conjuras para que magistrados en ejercicio del Consejo de Estado orienten sus opiniones a favor de la causa de una industria tabacalera.

En otro episodio, la fiscalía detiene funcionarios de la sección quinta del Consejo de Estado acusándolos de intervenir en un complot para vender al mejor postor decisiones judiciales y por último un exmagistrado es pillado en compañía de su esposa y funcionaria distrital diseñando una estrategia para arrebatarle un contrato a una compañía en el Distrito Capital.

Por una disfunción profesional o por física majadería soy de aquellos que profesaban respeto y admiración por los dignatarios de las altas cortes, leía con dedicación sus providencias y reclamaba el respeto por la majestad de la justicia: pero hoy esa conducta es cosa del pasado,

dirigiré mis esfuerzos en la lectura, a tratar de desenmascarar los verdaderos propósitos detrás de las providencias y reconoceré solo los méritos de los argumentos en cuanto oculten inteligentemente el verdadero móvil que los orienta. ¿Qué otra cosa puede hacerse cuando la sal se corrompe?

Wilson Leal Echeverry